

de una muerta; sus ojos estaban desencajados y en un estado completo de estupor; una traspiracion glutinosa cubria sus mejillas y pecho; reunia todas las señales del idiotismo. Vi á un ministro aproximarse á ella, miró su mano delicada, dijo: « ¡Jesus es con ella! ¡Bendito sea el Señor! » y pasó adelante.

Si los Americanos del Norte estimaran á las mugeres, como los hombres deben estimar á sus esposas y á sus hijas, ¿permitirian semejantes escenas?

Apenas es menester decir que no fueron sino mugeres á sentarse en « los bancos de las congojas, » y por la mayor parte mui jóvenes. La congregacion se componia en general de personas perfectamente puestas, y entre ellas las señoras mas elegantes y de mejor *tono* de la ciudad: durante la resurreccion las iglesias eran todos los dias el teatro del lujo y de la elegancia.

Asi se divierten las damas de Los-Cincinatos: ir á la comedia está prohibido; jugar á las cartas es contra la lei; y como trabajan y se afanan en sus casas, fuerza es que tengan alguna recreacion. Por mi parte confieso que la mas grosera farsa me parece que seria una representacion menos detestable y perjudicial para la juventud y la inocencia que esas ridiculas pantomimas.

CAPITULO IX.

Escuelas.—Clima.—Zandfas.—Dia 4 de julio.—Tormentas.
—Puercos.—Casas movibles.—Mr. Flint.—Literatura.



Cincinatos contiene muchas escuelas; mas yo no he tenido oportunidad de conocerlas bien, para juzgar de su mérito y calcular el rango que deben ocupar, pues solo visité la del doctor Lock, persona que parece tener opiniones liberales y grandes sobre la educacion de las mugeres. Si su sistema produce los resultados excelentes que ofrece en la teórica, las damas de aquella ciudad probablemente serán dentro de pocos años aventajadísimas en las ciencias de sociedad. Tambien asistí al exámen público de las discípulas de su escuela, y noté con sorpresa que las ramas del saber mas elevadas no habian sido excluidas de los estudios de aquellas lindas criaturas. Una joven interesantísima de diez y seis años *se graduó* en matemáticas, y otra pasó su exámen de filosofía

moral. Tan dulce era el rubor que hermoseaba sus semblantes, y tan bellamente aturcidas y confusas parecían, que habría sido difícil para un juez mas hábil que yo el decidir si merecían ó no el diploma que recibieron.

Para mí era enteramente nuevo el método de graduar á las jóvenes y de expedirles diplomas al salir del establecimiento; al menos yo no me acuerdo de haber oído hablar de cosa igual en otra parte. Temo que el tiempo que dan á las bellas graduadas de Los-Cincinatos para adquirir los varios elementos de esa educación no sea demasiado escaso, y que así les impidan el llegar á la eminencia que en cada ramo promete de antemano su ilustrado director. Las matemáticas de « un trimestre » ó la economía política, la filosofía moral, la álgebra y las ecuaciones de cuarto grado de « dos trimestres, » rara vez me parece que podrán formar, aun á pesar de los esfuerzos unidos del maestro y del discípulo, un fondo de esas ciencias capaz de bastar á una docena de muchachos y un pasante.

.....

A fines de mayo empezamos á sentir que vivíamos en un clima mas caliente que los otros á que estábamos acostumbrados, y mi hijo pa-

deció infinito á causa de la diferencia de temperatura, porque le atacó una enfermedad biliosa, con tal grado de calentura, que durante algunos dias temimos por su vida. No dudo que el plan curativo que siguieron con él fué juicioso, pero la cantidad de calomel que le recetaron fué enorme. Un dia pregunté cuántos granos debía preparar, y me dijo el facultativo que le diese una cucharada de las del té. Yo me figuro que la diferencia del clima debe producir diferencia en los efectos de esta medicina, ó sino sería imposible que la práctica del Nuevo Mundo se alejara tanto de la del antiguo. Austey dice, hablando de los médicos de Bath :

« ¿ Quién vió jamas á un doctor
Cocido en agua caliente? »

Yo puedo asegurar por experiencia propia que no puede echárseles en cara semejante imputación á los médicos que recetan con tanta prodigalidad el calomel en América. Estando yo despues en el condado de Montgomery, cerca de Washington, un facultativo que asistia á uno de nuestros vecinos, se quejaba de cierta indisposicion. « Es menester cuidarse, doctor, » le dijo el enfermo. — Ya lo hago, respondió él; ayer tomé *cuarenta gra-*

nos de calomel, y hoy me siento mejor.» En el caso de mi hijo hicieron tambien uso de repetidas y copiosas sangrias, y en pocos dias se levantó y salió de su habitacion, aunque terriblemente débil, pasándose muchas semanas antes de que recobrará su fuerza.

Al paso que iba subiendo el calor, se iban aumentando las enfermedades. La ciudad está llena de médicos, y á todos se veia correr en sus volantas con una celeridad que asustaba. Uno de estos señores nos dijo que cuando un facultativo se queria establecer en un pueblo, si conocia bien sus intereses, nunca dejaba de recorrer las calles por la noche, antes de fijar su resolucion. Si veia la triste luz de la lamparilla vacilar en muchos aposentos, podia estar seguro de que la fiebre hacia su oficio y que le iria bien. Segun ese juicio Cincinatos está lejos de ser una ciudad salubre. Yo comencé á temer por nosotros y me determiné á abandonarla; pero me fué imposible el lograr fuera de ella una habitacion, porque las muchas casas de posadas que hai á los alrededores estaban llenas de huéspedes. Nos aconsejaron evitar cuanto posible fuera el salir en el calor del dia. Las mañanas y las tardes son deliciosas, particularmente aquellas si se quiere madrugar. Durante muchas semanas nunca me quedaba en la cama dadas las cuatro, y á esa hora

acompañaba casi todos los dias á mi *asistentá* cuando iba al mercado, donde me divertia con la novedad de los objetos y el bullicio de la concurrencia. Todos los dias entran en la plaza muchos carretones cargados de zandías ó melones de agua y se ven grupos de hombres, mugeres y niños sentados en el suelo al rededor del sitio donde se venden, regalándose con esta fresca y agradable fruta, ó mas bien devorando prodigiosas cantidades de ella. La manera que tienen de comerla es repugnante: cortan el enorme melon en seis ú ocho tajadas de un pie de largo, y vertiendo agua como estan se las llevan á la boca; por todas partes les corre el fluido á caños, y de cuando en cuando escupen una bocanada de pepitas negras y duras, que despedidas con violencia en todas direcciones alcanzan como una nube de granizo á los que pasan. Cuando probé la zandía me pareció una fruta mui grosera, mas antes de acabada la temporada, ya nos gustaba á todos. Tomándola con vino y azúcar, hace una bebida exquisita.

Es costumbre en Los-Cincinatos que los hombres vayan á la plaza: los mas elegantes y los de « mas elevada posicion » no tienen reparo de levantarse al amanecer é ir seis dias de la semana armados de un capazo ó canasto gigantesco á comprar carne, manteca, huevos

y verdura. Yo los he visto con frecuencia volver con el pesado cernacho en un brazo y colgando del otro un poderosísimo jamon.

Llegó el 4 de Julio, día de la mayor festividad para todos los Americanos del Norte, porque es el aniversario del 4 de julio de 1776, día en que fué firmada la declaración de su independencia en la casa de estado de Filadelfia.

Para mí la tibieza hurañá y la falta de entusiasmo es uno de los mayores defectos del carácter americano, y así las demostraciones de júbilo con que celebran ese día me causó un verdadero placer. El 4 de julio parece que el corazón de aquella gente se despierta de un sueño de treientos sesenta y cuatro días; se los ve animados, contentos, bulliciosos, sociales, generosos, ó siquiera francos, y si pudieran contenerse un poco en escupir en tan solemne día, diría yo que el 4 de julio, á lo menos parecen un pueblo amable. Verdad es que las mugeres tienen poco que hacer con la pompa, el esplendor y la alegría de la fiesta, mas dejando á parte esa falta, es menester; convenir en que el espectáculo que ofrece un júbilo tan cordial y sincero es gloriosísimo y digno de contemplarse; y si no tuvieran el mal gusto y peor sentimiento de pronunciar una arenga anual para ultrajar á

la madre patria (por no hablar del manifiesto de guerra llamado la Declaracion de la Independencia), su graciosa majestad el rei de Inglaterra podria presenciar la escena y decir que es bella: aun mas, podria regocijarse de que doce millones de personas separadas de su trono y sus altares por una distancia de mil leguas hicieran sus propias leyes y tomaran su té del modo que mejor les pluguiere (*).

Las continuas tormentas de aquel pais eran un manantial de sensaciones profundas para nosotros. Los que solo han oido el trueno de las nubes en Inglaterra, no tienen sino una idea mui débil del lenguaje con que expresan su cólera los dioses. La descripción de Thomson (**) sin embargo puede completársela; porque es difícil que se pinte mejor con palabras semejante espectáculo, ni que reproduzcan su estruendo ecos mas verdaderos. La imágen que no ha alcanzado es la de la llama de color rosado del relámpago que ilumina la tierra y que parece convertirla en elemento de fuego.

(*) El lector no debe olvidar que es una Inglesa quien escribe.

(**) Autor de las Estaciones, uno de los mejores poemas descriptivos de la literatura inglesa.

Al leer esta celebrada descripción en América, y observando cuan verdadera es y con que admirable exactitud retrata aquella naturaleza, me se figuraba que descubria el secreto de la máquina de un poeta, y pensaba que para lograr su intento y mover necesitaba dar imágenes mas grandiosas que las que la realidad le ofrece, bastando que sus proporciones sean justas y su colorido verdadero. Todo parece colosal en aquel gran continente : si llueve, si truena, si ventea, todo es *fortissimo*; bien que yo sentí muchas veces que el terror cedía á la maravilla y al deleite, ¡tan grandes, tan brillantes son los cuadros que una tormenta desarrolla! Ciertamente las desgracias son allí mas comunes que en nuestros climas, pero no tanto que deba oprimirse el corazón de miedo cada vez que se vea una masa de nubes agruparse contra el viento.

.....

Apenas es perdonable el enojarse contra un pueblo porque los artículos de su comercio no son de un género pulcro; sin embargo yo confieso que hubiera vivido mas contenta en Los-Cincinatos, si no hicieran sus habitantes tan considerable tráfico de puercos. Es casi increíble, para los que no lo han visto, la inmensa

cantidad de cerdos y de puerco salado que se despacha. No he visto nunca diario ni periódico en que no se leyeran avisos como los siguientes :

« Se necesitan *inmediatamente* : 4000 puercos cebados. »

« Se venden : 2,000 barriles de puerco de primera. »

Mi aversion no obstante eso se funda en razones mas personales : si determinaba dar un paseo por *Main-Street* (la calle mayor), tenia quinientas probabilidades contra una de no pasar al lado de la sombra sin tropezar con un hocico acabado de salir del fango del canal ; cuando nos animabamos á subir á cierta colina con mas traza de un pilon de azúcar que de monte, á fin de respirar un aire puro y ver alguna agradable perspectiva, encontrabamos el arroyo que teniamos que pasar á su falda convertido en albañal del matadero de los cerdos : en vez de los perfumes del « tomillo que ama el regazo de la verde ladera, » asaltaban nuestras pobres narices olores que no quiero describir y que deseo de todas veras que no pueda imaginárselos quien me leyere ; nuestros pies que al dejar la ciudad creiamos que iban á encontrarse sobre una alfombra de yerba recamada de flores, se hallaban literalmente

enredados entre hocicos, rabos y jarretes de cerdo : y así nos prohibimos para siempre los paseos mas agradables de las cercanías.

.....

La translacion de casas de un solar á otro es una de las novedades que mas paran en la América del Norte. Muchas veces nos divertimos viendo esa muestra de habilidad mecánica en las calles. Ni los detiene la dificultad de trasladar un edificio de un extremo á otro de la poblacion. Las casas que yo ví viajar de ese modo eran todas de madera, excepto las chimeneas; pero dicen que tambien las de ladrillo dan los mismos paseos. La habitacion mas grande contenia dos pisos de cuatro estancias cada uno, y tiraban de ella cuarenta bueyes. A los primeros pasos fueron al suelo las dos chimeneas y luego continuó su camino sin novedad, consistiendo las grandes dificultades en el primer arranque y la parada que se debe hacer en el mismo solar donde ha de quedarse el edificio. Esta fuerza de locomocion era importantísima en Los-Cincinnati, pues las mejoras constantes de la poblacion solian hacer deseable el cambiar una casa de madera por otra de cal y canto; entonces veiamos el ex-nº 100 de Main-Street, ó el ex-nº 55 de

Second-Street, ir en paz fuera de la ciudad á tomar posesion de un solar mas humilde en el campo inmediato.

.....

El conocimiento mas agradable que hice en Los-Cincinnati, y á la verdad conocimiento de uno de los hombres de mas talento que yo haya tratado, fué el de Mr. Flint, autor de varios volúmenes de infinito mérito y editor de la « Western Monthly Review » (revista mensual del Oeste). Su conversacion es elocuentísima y en extremo agradable; no me acuerdo de haber conocido á otra persona con mas talento para la sátira y aun para el sarcasmo, á que sin embargo su buena índole y excelentes modales quitan el veneno que pudiera lastimar. Se nota en sus noticias críticas una fuerza y penetracion que en nada ceden á cuanto de este género he leído. Es ardiente patriota y de un corazon tan americano que no siempre podiamos ser de la misma opinion en todos los puntos que discutiamos; mas no sé yo si me alucinaba con la energía y brillantez de su lenguaje, y la noble y veraz franqueza de su carácter, ó con sus modales blandos y corteses, pero Mr. Flint es el solo Americano, en cuyos labios no me parecieran las alabanzas hiperbólicas de su pais exageradas y ridículas.

Una vez, pero no en casa de Mr. Flint, me hallé en una tertulia con un caballero que decían de carrera y fondo; juntaba á esas prendas la cualidad de ser lo que llaman un hombre *serio*, y parecia complacerse en que los demas reconocieran sus derechos á ese doble concepto. Habia en la reunión una señora *seria* mui amable, en quien fijó su eleccion para desenvolver sus pretensiones celestes, dejando para mí el honor de ser la persona á quien dirigia casi toda su terrestre sublimidad. La diferencia consistia en que, cuando hablaba con ella, hablaba como con un ente que sino su igual, era á lo menos digno de alta distincion, y se sonreia con ella como el arcángel Miguel se hubiera sonreido con Eva en el paraiso: á mí me hablaba como san Pablo á los endurecidos Judíos; es verdad que no sacudia sus vestiduras para purificarse de todo contacto conmigo, mas se servia de su pañuelo con ese intento, y si no terminaba cada frase diciendo: «Yo estoi limpio;» sus labios, su tono, sus miradas y gestos, todo suplía la falta de la palabra.

El pobre lord Byron, como suponerse puede, era el blanco de todos los tiros de su pequeñito pero emponzoñado carcax. Como nunca habia oido hablar á otro hombre *serio*, escuché á este con toda atencion. Se veia claramente que los

bellos trozos que conserva grabados en la memoria todo verdadero amante de la poesía, se le habian pasado por alto á nuestro don Severo, é igualmente que sabia los que hubiera él deseado que nunca hubiese escrito el gran maestro. Yo se lo dije asi; pero me será difícil olvidar la mirada que me lanzó.

Alcanzaba un conocimiento mui escaso de los demas autores y los criticaba de una manera divertidísima. De Pope dijo: — «Ya está olvidado; en *nuestro* pais hablar de él es bambolla.»

Con todo yo insistí citándole «el Robo del Rizo» como prueba de algun talentillo, y como un poema escrito con un estilo que le servirá de pase en cualquier salon de buen gusto. Al mencionarle esta obra, el caballero *serio* manifestó la misma agitacion que cuando habló de Don Juan, y yo no supe (sin la mas leve afectacion) lo que significaban sus contorsiones hasta que dijo murmurando y sacudiendo el pañuelo: — «Basta el título!...»

El nombre de Dryden lo movió á risa, y su sonrisa decia, cuanto puede decirlo una sonrisa: — «¡Cómo disparata la vieja!»

«Nosotros no conocemos á Dryden sino por citas, y esas á la verdad solo se hallan en libros que hace mucho tiempo hemos olvidado.»

— «Y Shakspeare, señor?»

— Shakspeare, madama, es obsceno, y á Dios gracias NOSOTROS estamos harto adelantados para no conocerlo. Si hemos de sufrir la desgracia infame de tener un teatro, que á lo menos se representen en él piezas marcadas con el sello de los progresos del siglo en que vivimos.»

Eso era ir verdaderamente de pareja con el espíritu de la época; *au courant du jour*, como dirian los Franceses.

De Massenger no sabia una palabra; de Ford nunca habia oido hablar; el tiempo de Gray habia pasado; de Prior nada habia leido, pero lo tenia por un escritor mui pueril; Chaucer y Spencer fueron echados al agua espalda con espalda, diciendo que era afectacion ni mas ni menos ocuparse de autores que habian escrito en una lengua que ya nadie entendia (4).

Tal es la conversacion mas literaria á que me encontré presente en Los-Cincinatos (*).

En efecto hai muchas razones que impiden el que los conocimientos literarios se difundan en la América del Norte. Apenas puede mirarse como excepcion la lectura universal de los papeles públicos: si tal fuera, la América

(*) Excepto la conversacion agradable, fácil y llana sobre todas materias de la amable familia de Mr. Flint.

sobrepujaria en letras al resto del mundo; porque en todos los rangos de la sociedad, empezando por el rico negociante que pertenece al mas elevado, y acabando en el hombre que sirve, que es del último, tienen demasiadas ocupaciones á que atender, para dar á la lectura mas de alguno que otro momento que emplean en ojear un diario. Por eso creo que cada periódico americano es á poco mas ó menos un almacén ó repertorio misceláneo donde el mercader puede escandir, mientras toma una factura, las «Estancias de Mistress Hemans,» ó leer un extracto cernido de la Vida de Byron escrita por Moore; donde estudia el abogado su derecho, recogiendo tal vez una sentencia de crítica americana que declara «las novelas de Bulwer decididamente superiores á los romances de sir Gualtero Scott;» y en donde hasta el que puja en los encantos puede adquirir, mientras deja la bocina ó el tonel, frases en que apoyar sus pretensiones de cultura, con pasar la vista por sus columnas y aprender de memoria que «las descripciones de Miss Mitford son indescribibles.» Si vais á comprar una vara de cinta, el tendero tiene que dejar su papel y á veces dos y tres para medirla. Ví en una ocasion á un acarreador de cerveza en caramado en la vara de su carretón con un papel en la mano, que leia, y otro debajo del

brazo á prevención; en otra que entré en la barraca de un zapatero del campo llamado Harris, ví un diario casi lleno de poesía *original* dedicada á Madison F. Harris. Para asegurarme de mis sospechas, le pregunté si su nombre era Madison. — « Sí, señora, Madison Franklin Harris es mi nombre. » El tirapies y la lira ocupaban el tiempo del poético zapatero, y temo que no fuese con harta igualdad, porque el infeliz estaba tan enjuto de bolsillo como pálido de rostro.

Eso es á mi parecer lo que entienden por la difusión general del saber tan ponderada en los Estados-Unidos; en efecto la tal difusión es generalísima, pero dudo que sea de algun provecho para el pueblo.

Los únicos hombres de lectura que conocí, fueron los que habian abrazado las letras por profesion, y varios de ellos ocuparían un puesto mas elevado en la gran república (no de América sino de las letras), si escribieran para personas menos dadas al estudio de periódicos y diarios; y aun ascenderían á mayor eminencia, si en vez de escribir para la multitud, escribieran para los escogidos. Yo estaba siempre ocupada en trazar el paralelo, acaso pueril, entre la falta externa é interna de pulimento y elegancia que en las obras indígenas

del pais puede notar cualquiera. Sus composiciones carecen de aquella solidez de pensamiento, de aquella última mano que debe señalar las producciones de un hombre de principios y de gusto que posee el arte de escribir; ni su papel azulado y sucio, ni sus impresiones borrosas halagan siquiera con el lujo espléndido que cuadra á un volúmen destinado á las manos y ojos de los Epicuros exigentes de la literatura (*). Los primeros libros que compré en América fueron las « Crónicas de Canongate. » Cuando pregunté el precio, me causó una sorpresa agradable el oír que me pedían peso y medio, es decir: la sexta parte de lo que cuestan en Inglaterra las demas obras de Scott; sin embargo al abrir aquellas hojas de papel de estraza, me convencí de que todo lo barato es caro. El gusto que causa una página blanca y bien impresa se pierde de vista con el fuego, la rapidez, el encanto que se apodera de la imaginación cuando se lee un romance como Waverley; así me sucedía á mí hasta que me apercibí de su falta; y entonces, casi me cuesta rubor el confesarlo, muchas veces al

(*) Se debe exceptuar la *American quarterly Review* (Revista Trimestre Americana), que á la vista parece idéntica « á la Revista Trimestre Inglesa: » *English quarterly Review*.

volver las hojas del desagradable volúmen se me acababa el placer, y mi pobre corazon animado de un espíritu terrestre suspiraba por buenas prensas y buenas formas.



CAPITULO X.

Mudanza al campo.—Paseos en la Selva.—Igualdad.



Al cabo logré lo que tanto deseaba, alquilando una bonita casa de campo dejada por un abogado, cuya profesion lo obligaba á residir en lo interior del pueblo. Estaba situada en un lugarejo, como á milla y media de la ciudad, y construida al pie de unos collados que en otro tiempo habian sido linderos de su distrito por la parte del norte. En este alojamiento nos acomodamos mucho mejor que no lo estabamos en la poblacion. El edificio reunia varias conveniencias con habitaciones bien frescas y ventiladas; nos veiamos libres de los odiosos mosquitos, y disfrutabamos de las ventajas de un pozo de nieve que nunca se acababa. Nos divertiamos ademas en coger nosotras mismas los tomates de nuestro jardin, y teniamos el placer de tomar leche de nuestra vaca. Yo por mi parte vivia mucho mas con-